



**CENTRO SALESIANO REGIONAL
FORMACION PERMANENTE
REGION INTERAMERICA
QUITO - ECUADOR**

DON BOSCO
Profundamente hombre. Profundamente santo

Salazar
9. mayo 2012

Colección DON BOSCO

1. *Don Bosco, una biografía nueva.* TERESIO BOSCO.
2. *Don Bosco, una biografía nueva. (Ed. para la juventud.)* TERESIO BOSCO.
3. *Don Bosco con nosotros.* MARCELLE PELLISIER.
4. *Don Bosco, te recordamos.* PEDRO BROCARDIO.
5. *Ejercicios Espirituales con Don Bosco.* TERESIO BOSCO.
6. *Don Bosco con Dios.* EUGENIO CERIA.
7. *Don Bosco: Cartas a los niños de todas las edades.* RAFAEL ALFARO.
8. *Don Bosco, al alcance de la mano.* PEDRO BRAIDO.
9. *El sistema educativo de Don Bosco.* LUCIANO CIAN.
10. *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales.* SAN JUAN BOSCO.
11. *Don Bosco: Profundamente hombre-Profundamente santo.* PEDRO BROCARDIO.
12. *Los sueños de Don Bosco.* SAN JUAN BOSCO. FAUSTO JIMÉNEZ.
13. *Historia de San Juan Bosco, contada a los muchachos.* BASILIO BUSTILLO.
14. *Don Bosco y la música.* MARIO RIGOLDI.
15. *Con Don Bosco de la mano.* RAFAEL ALFARO.
16. *Don Bosco y el teatro.* MARCO BONGIOANNI.
17. *Yo, Juan Bosco, otra vez con la mochila al hombro.* F. RODRÍGUEZ DE CORO.
18. *Aproximación a Don Bosco.* FAUSTO JIMÉNEZ.
19. *Don Bosco y la vida espiritual.* FRANCIS DESRAMAUT.
20. *Juan Bosco, con la fuerza de un equipo.* FRANCISCO RODRÍGUEZ DE CORO.
21. *Don Bosco, historia de un cura.* TERESIO BOSCO.
22. *Prevenir, no reprimir. El sistema educativo de Don Bosco.* PIETRO BRAIDO.

PIETRO BRAIDO

DON BOSCO
Profundamente hombre.
Profundamente santo

EDITORIAL CCS

Título de la obra original: *Don Bosco, Profondamente uomo profondamente santo*

Traductor: José Antonio Rico

Página Web de Editorial CCS: www.editorialccs.com

© 2001 Pietro BROCARDIO

© 2001 LAS- Roma

© 2001 EDITORIAL CCS, Alcalá 166/28028 MADRID

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Bronce de VINCENZI-ANLERI

Fotografía de José Luis MENA

ISBN: 84-8316-495-7

Depósito legal: M-52516-2001

Fotocomposición: M&A, Becerril de la Sierra (Madrid)

Imprime: Gráficas/85, S.A. (Madrid)

Presentación

Me siento feliz al presentar al lector este libro de Don Pedro Brocardo; aunque es el caso de decir que el libro se recomienda por sí solo. Las cuatro ediciones, las numerosas traducciones (incluso en chino, tailandés, ruso, etíope...) y la historia de Don Pedro, sobre todo, hacen de él una expresión cualificada del espíritu de Don Bosco.

El adolescente Pedrito Brocardo —nacido el 12.12.1912, y entonces alumno del Instituto salesiano de Benevagienna— se encontraba en la Plaza de San Pedro el 2 de junio de 1929, día de la beatificación de Don Bosco. Quedó conquistado de tal modo —por los preparativos, por el entusiasmo, por las ricas evocaciones de la vida del Santo, por la celebración de aquella gran fiesta salesiana— que se dijo: «Los salesianos han hecho tanto por mí, que también yo debo absolutamente hacer algo por ellos». Y lo hizo.

Decidió entrar entre los hijos de Don Bosco. Y así se encontró en contacto, durante largo tiempo, con la generación de salesianos que habían conocido al Santo y habían quedado «seducidos» por él para siempre. Sus confesores fueron todos alumnos directos de Don Bosco. Entre ellos, estaba también Don Vallino, al que había tocado la suerte de sostener el saquito de las avellanas, mientras Don Bosco las multiplicaba. Conoció de cerca a Don Francesia y tuvo entre sus manos los muchos centenares de páginas de sus memorias inéditas. Fue amigo y cultivó diálogos fraternos con aquel otro gran conocedor de Don Bosco, que fue Don Alberto Caviglia.

Con estas premisas, no nos asombramos si este «ensayo» de salesianidad comprende también testimonios de primera mano —que no encontramos en las Memorias Biográficas de Lemoyne-Amadei-Ceria— y materiales innovadores respecto de la literatura salesiana corriente.

La vida de Don Brocardo —transcurrida, en gran parte, en casas de formación de jóvenes salesianos y en responsabilidades formativas de alto nivel, al lado del sucesor de Don Bosco— y la calidad de su servicio profesional —que lo ha visto durante muchos años como profesor de teología espiritual— le han dado la sensibilidad que se manifiesta de modo tan incisivo en este volumen, que ocupa un lugar singular en la literatura salesiana. Esta sensibilidad es la que le ha guiado en la individualización de los temas, que constituyen los capítulos; el planteamiento de la óptica con que ha sido encuadrado el perfil del gran amigo de los jóvenes; la elección del lenguaje: límpido, atrayente, inmediato, capaz de transmitir, al mismo tiempo, entusiasmo por la santidad de Don Bosco y genuino realismo al acercarse a este santo de carne y hueso.

La cuarta edición de DON BOSCO. PROFUNDAMENTE HOMBRE, PROFUNDAMENTE SANTO, se presenta tan renovada y enriquecida, respecto de las precedentes, que se recomienda para una nueva lectura y para nuevas traducciones.

Nosotros, que tenemos la dicha de encontrar todos los días a Don Pedro —centinela de salesianidad de esta Casa Generalicia— y de hablar con él, lo volvemos a encontrar, con alegría aún mayor, en estas páginas, que nos transmiten no sólo honradez y competencia científica, sino, sobre todo, un auténtico testimonio y sabiduría de vida.

Mientras agradecemos al autor todo esto —en nombre de sus muchos lectores—, deseamos gran éxito a la cuarta edición. Que ella pueda engendrar en ellos el mismo entusiasmo por Don Bosco y por su espíritu, que Don Pedro conoció en aquellos que quedaron iluminados por la vida y la sonrisa del Padre y Maestro de los jóvenes.

Roma, Pascua de 2000.

DON GIOVANNI M. FEDRIGOTTI
Consejero General para Italia y Medio Oriente

Prólogo a la cuarta edición

El volumen sobre *Don Bosco, profundamente hombre-profundamente santo*, editado por LAS en la colección *Studi di spiritualità* en 1985, ha encontrado en estos años buena acogida y encomio lisonjero del público, como lo demuestran las traducciones en varias lenguas.

Presentando la primera edición, se afirmaba que, al evidenciar algunos entre los rasgos más característicos de la santidad de Don Bosco, se delineaban también, como en filigrana, los componentes esenciales de toda santidad cristiana, que la hacen siempre actual, en fiel correspondencia a la llamada de Dios, según las diversísimas situaciones en que cada uno se puede encontrar.

La segunda edición de 1986 lleva el mismo título y pequeños retoques. Agotada en poco tiempo también ésta, se creyó conveniente preparar una tercera edición publicada en 1989. Esta cuarta edición —aún más que las precedentes— adquiere una fisonomía nueva y fresca por su mejora y por las nuevas páginas que lleva, en las que no faltan testimonios vivos e inéditos.

Se añade también otro motivo: el hecho de que celebramos el segundo milenio del nacimiento de Cristo y el excepcional *Año Jubilar*, dos acontecimientos de inmensa importancia espiritual e histórica. Se trata de celebraciones cargadas de fe, de salvación y de alegría, virtudes a las que nos invita casi cada día el Sumo Pontífice Juan Pablo II en sus discursos y en sus valientes iniciativas, que llaman en causa la santidad cristiana en todas sus formas.

Entre estas expresiones, conviene recordar la «Jornada del Perdón» celebrada el 12 de marzo de 2000 en la basílica de San Pedro, considerada como una *revolución copernicana*.

«El perdón pedido, en alta voz, en mundovisión, desde el altar de Bernini, en un clima de espiritualidad tan amplio que puso la liturgia en ambiente solemne, ha conmovido al mundo» (Igor Mann).

Esta *purificación de la memoria*, que no tiene precedentes en los dos milenios de historia de la Iglesia, tiene también el mérito, por la ley de los contrarios, de poner en evidencia la «glorificación» de la memoria cristiana, en la que brillan extraordinarias figuras de mártires, de santos y de beatos.

Bajo esta luz, los senderos de santidad, trazados por Don Bosco con perspectiva de futuro, se pueden considerar gérmenes destinados a fecundar el Tercer Milenio.

Como la de otros santos, también la santidad de Don Bosco es un misterio insondable, del que surge aquella fascinación, única e irrepetible, que no cesa de apasionar al mundo moderno.

Es grato concluir este prólogo con cuanto afirmaba Walter Nigg, hagiógrafo de fama internacional, respetuoso de la santidad, que, citando a Miguel Baumgarten, notaba cómo «en esta noche de autodisolución del Occidente, la cristiandad de los santos significará luz, que ilumina a cada individuo su vida y despierta en él una sed inextinguible de santidad nueva. (...) Hay épocas en las que los discursos y los escritos ya no bastan; puesto que en esos tiempos, las acciones y los sufrimientos de los santos deben crear un alfabeto nuevo para desvelar nuevamente el secreto de la verdad. El presente es uno de esos tiempos». Deseamos y esperamos que la lectura de este pequeño ensayo sobre Don Bosco haga atractiva y familiar su alfabeto.

Pedro BROCARDO

Sumario

<i>Introducción</i>	11
Parte primera	
RASGOS DE VIDA	21
Capítulo I: <i>El esfuerzo de hacerse santo</i>	25
Capítulo II: <i>Giro espiritual</i>	31
Capítulo III: <i>Profundamente hombre</i>	39
Capítulo IV: <i>Profundamente santo</i>	51
Capítulo V: <i>Taumaturgo que no asusta</i>	61
Capítulo VI: <i>Un santo fundador</i>	69
Capítulo VII: <i>Santo pícaro</i>	77
Capítulo VIII: <i>Santo alegre</i>	85
Capítulo IX: <i>Santo con alguna sombra</i>	95
Capítulo X: <i>Lágrimas de un santo</i>	103
Capítulo XI: <i>Cómo muere Don Bosco</i>	109
Parte segunda	
POR LOS SENDEROS DE DIOS	119
Capítulo I: <i>La mística del «Da mihi animas»</i>	121
Capítulo II: <i>El trabajo colosal</i>	131
Capítulo III: <i>Trabajo entre dos</i>	141
Capítulo IV: <i>Fuerte mensaje de castidad</i>	151
Capítulo V: <i>La ascesis de la templanza y de la mortificación</i>	163

Capítulo VI: <i>Intensa vida de fe, esperanza y caridad</i>	173
Capítulo VII: <i>Con Dios en la oración</i>	183
Capítulo VIII: <i>Con Dios en la acción</i>	197
Capítulo IX: <i>Dones superiores</i>	207
Parte tercera	
NUESTRAS MANOS LE HAN TOCADO	213
Capítulo I: <i>Battistín</i>	217
Capítulo II: <i>Me colocó al lado de Domingo Savio</i>	227
Capítulo III: <i>El doctor Albertotti y su hijo</i>	233
Capítulo IV: <i>El profesor Aníbal Pastore</i>	237
Capítulo V: <i>Yo soy el más querido</i>	241
Capítulo VI: <i>Don Eugenio Ceria</i>	251
Capítulo VII: <i>Francisco Piccollo</i>	259
Capítulo VIII: <i>No desgarres nunca la obediencia</i>	267
Capítulo IX: <i>¡En otro tiempo yo lo era todo!</i>	269
<i>Conclusión</i>	271
<i>Índice</i>	273

Introducción

Fascinación de los santos

Para quien quiera tratar el argumento de la santidad cristiana, se hace necesaria la referencia a los santos, que son su más viva encarnación: sea a los innumerables y no canonizados que han marcado la vida y la fe del pueblo de Dios, sea especialmente a los que la Iglesia registra en el catálogo de los santos por su respuesta heroica a la iniciativa proveniente de Dios.

Es un hecho incontestable que «desde hace algunos años la hagiografía se ha puesto de moda», no sólo por obra de autores de segundo plano, sino entre los mismos investigadores universitarios. Este renacido interés por los santos, explica A. Vauchez, «es tanto más interesante cuanto que no tiene nada que ver con fenómenos devocionales. (...) No es bajo este aspecto, sino más bien a nivel de una fascinación ejercida de modo general por los grandes hombres —los héroes y los santos—, donde hay que ir a buscar, sin duda, las motivaciones de un interés creciente suscitado por los textos hagiográficos: más o menos confusamente, los investigadores científicos, como el gran público, perciben que estos documentos no han dicho aún su última palabra y que contienen un mensaje que, en cuanto a lo esencial, está aún por descifrar».

Esta cita, que podrá ser compartida en todo o en parte, hace sumamente actual una reconsideración de la vida de Don Bosco bajo el perfil específico de su santidad.

Es preciso, sin embargo, reconocer que en esta época de transición, de dimensiones planetarias, caracterizada por una nueva visión del mundo, del hombre y de su historia —y, en los países opu-

lentos, por una difusa indiferencia religiosa—, el discurso sobre la santidad, aunque sea la de un santo simpático y atrayente como el «santo de los jóvenes», no es nada fácil. Es más, hoy, la palabra misma «santidad», como escribía Egidio Viganò, Rector Mayor de los Salesianos, «puede ser mal comprendida por una mentalidad desajustada, bastante común y fruto de un ambiente que opone una especie de bloqueo cultural a los contenidos genuinos de su significado. Podría ser identificada con un espiritualismo de evasión de lo concreto, con un ascetismo para héroes de excepción, con un sentimiento de huida de lo real que desestima la vida activa, con una conciencia anticuada sobre los valores de la actual vuelta antropológica. Es de lamentar una caricatura semejante».

Y, sin embargo, cada vez que nos tropezamos con un santo auténtico, se deshace como la espuma esta representación confusa, distorsionada y hasta caricaturesca. «Los santos —ha escrito Pascal— tienen su propio reino, su propio esplendor, sus victorias y su grandeza».

El misterio de los santos es tan fascinante que siempre se impone a los mismos incrédulos.

Se ha dicho y se ha escrito muchísimo sobre la santidad. Dejando aparte las discusiones escolásticas, diremos muy sencillamente que la santidad, don de Dios y empeño del hombre, no es otra cosa que la «vida transfigurada en Cristo» (*Rm* 8,29) —el «solo santo», el «santo de Dios» (*Mc* 1,24)— mediante el dinamismo de las virtudes teologales. Santidad es la vida de Dios-Trinidad en nosotros y de nosotros en Dios. De por sí todos los bautizados que viven en gracia de Dios son, con pleno título, «santos», aunque no en el mismo grado y nivel.

Cuando decimos que Don Bosco es «santo», queremos afirmar que él se ha destacado en las filas de los cristianos comunes, ha vivido la vida bautismal con mayor fuerza e intensidad, y ha alcanzado la meta que la Constitución dogmática *Lumen Gentium* muestra a todos los fieles: la «plenitud de la vida cristiana», la «perfección de la caridad, corazón y compendio de la ley», la «perfecta unión con Cristo» (nn. 40, 50).

Tal plenitud exige un auténtico y verdadero martirio o heroísmo cristiano, del que es arquetipo el Mártir divino. Después de Él y en comunión con Él vienen los otros mártires, los cuales han da-

do el supremo testimonio de su fe y caridad con la efusión de la propia sangre.

Sin embargo, según los conceptos y criterios elaborados en los procesos de Beatificación y Canonización, se reconoce desde siempre, como héroe también al fiel — pensamos en Don Bosco— que ha practicado, al menos por un largo período antes de su muerte, las virtudes teologales y morales en grado sumo, es decir, en una medida muy superior al modo de obrar del común de los cristianos, sobre todo en situaciones arduas y difíciles. Hoy se reconoce que la práctica *perfecta, fiel y perseverante* de los deberes inherentes a la propia condición y al propio estado conlleva un verdadero heroísmo y es, por consiguiente, criterio de santidad. «Incluso las cosas más comunes pueden llegar a ser extraordinarias cuando se cumplen con la perfección de la virtud cristiana» (Pío XI). Don Bosco es santo, porque su vida ha sido plenamente heroica.

Figura representativa de la «Escuela de santidad turinesa»

La santidad no puede medirse: sólo Dios conoce su profundidad y su secreto. Sin embargo, hay santos cuyo destino parece que ha sido el de permanecer más bien en la sombra; y otros que, por los grandes servicios que prestaron a la Iglesia y a la sociedad, se impusieron y se imponen a la atención de los fieles. Entre éstos se encuentra Don Bosco. Monseñor José de Luca, erudito y literato insigne, profundo conocedor de la religiosidad italiana, escribió, refiriéndose a Don Bosco: «En la historia del ochocientos italiano, Juan Bosco es, en la santidad, lo que Alejandro Manzoni en la literatura, o Camilo Cavour en la política: es decir, 'el summum'».

Podrá discutirse esta confrontación, pero es muy cierto que Don Bosco es una de las figuras más representativas de esa santidad que ha sido llamada «Escuela de santidad turinesa», que en realidad abarca todo el Piamonte. Una escuela que, en el espacio de un siglo o poco más ha visto florecer a unos sesenta Santos, Beatos, Venerables y Siervos de Dios. Se trata de personas oriundas del Piamonte o que trabajaron allí, interdependientes y diversos, cuyo anhelo común parece que podría encerrarse en estas dos palabras:

orar y trabajar. Una escuela, la turinesa, en sentido mucho más amplio, que, a juicio de los competentes, se ha caracterizado por su *sincretismo*, fruto de un pragmatismo muy connatural con el temperamento piamontés; por su *equilibrio práctico*, lleno de sentido común; por su actitud de *prudencia* y de independencia política; por su *tradicionalismo* que no excluye, sobre todo en Don Bosco — el más expuesto de todos por sus valientes tomas de posición contra el anticlericalismo liberal dominante—, audacia creadora, gran espíritu de iniciativa y capacidad de apertura constructiva ante las necesidades de la Iglesia en la frontera de los nuevos tiempos. Los protagonistas de esta escuela son, en su mayoría, sacerdotes.

Pablo VI, en el discurso que pronunció en la Beatificación de Lorenzo Murialdo, trazó una lúcida semblanza. «La escuela de santidad turinesa del siglo pasado ha dado a la Iglesia un tipo de eclesiástico santo, fidelísimo a la doctrina ortodoxa y a las prácticas religiosas, hombre de oración y de mortificación, perfectamente de acuerdo con el esquema habitual del sacerdote, el cual, precisamente por esta generosa e íntima adherencia, siente que le brotan del alma energías nuevas y poderosas, y advierte que a su alrededor reclaman su intervención necesidades graves y urgentes. No buscaremos en él grandes novedades del pensamiento, pero sí encontraremos novedades de obras. *Lo cualifica la acción*. Estimulado desde dentro por su espíritu, llamado desde fuera por nuevas vocaciones de caridad, este Sacerdote ideal se entrega a los problemas prácticos del bien que se le ofrecen; y comienza de este modo, sin otras previsiones que la del abandono en la Providencia, la impensada aventura, la novedad, es decir, la fundación de un nuevo instituto, modelado según el genio de aquella fidelidad inicial y según las indicaciones experimentales de las necesidades humanas que el amor ha hecho evidentes e interpelantes. Así el Cottolengo, así el Cafasso, ya declarados Santos, así el Lanteri, así el Allamano, que siguen sus huellas, así especialmente Don Bosco, del que todos conocemos su grande y representativa figura. Y así el Murialdo».

El aire de familia que se respira en la escuela turinesa, las muchas convergencias que acumulan los Siervos de Dios entre sí, y que han llevado a los estudiosos a hablar de una *koiné* —de una común afinidad y parentela espiritual— no son índice de uniformidad. Cada santo tiene su rostro, su estilo, su índole, desarrolla una misión

propia, es igual y diverso. Don Bosco, por ejemplo, no es el Cafasso, tanto por las dotes personales e históricas, como porque es fundador. Y el ser fundador conlleva una diversa configuración de la santidad y un carisma especial: es decir, un «nuevo don» a la Iglesia.

Memoria y profecía

Don Bosco es, al mismo tiempo, santo del pasado y profecía viva de lo que Dios quiere en la historia. Debemos, pues, acercarnos a él, tanto en clave histórica como profética. En clave histórica, porque sólo la vertiente de la historia está en condiciones de resucitar el pasado, en cuanto tal, sin deformarlo. Desde este punto de vista, la figura de Don Bosco es y será siempre un típico santo piomontés, de la Italia del «*Risorgimento*», como San Ignacio de Loyola es un típico santo vasco de la España del siglo XVI. Sensible a los valores de la cultura de su tiempo, necesitada de la levadura evangélica; sensible a los contravalores, a las ambigüedades, a los males que combatir, refrenar y prevenir; sensibilísimo a las nuevas necesidades de la juventud necesitada y abandonada, a las nuevas necesidades de la vida religiosa y de la Iglesia de su tiempo, sañudamente combatida en su Cabeza y en sus instituciones. La aproximación a Don Bosco debe llevarnos al conocimiento del «*Don Bosco total*», tal como lo plasmaron los setenta y dos años y medio de su vida y el esfuerzo que realizó sobre sí mismo. Entonces se comprenderá, por ejemplo, cómo se nutrió de la teología y de la espiritualidad de su tiempo, cómo participó de la conciencia que la Iglesia tenía de sí misma bajo el pontificado de Pío IX, cómo ciertas actitudes suyas fueron el reflejo de su formación eclesial en tiempos de restauración.

Pero la memoria no es arqueologismo; para ser significativa y fiel al Dios de la historia, debe leer el pasado también en clave profética, portadora de futuro, de valores inmutables y perennes. Entre estos valores queremos recordar: *las intenciones permanentes de Dios sobre su vida*, los elementos esenciales de su *índole* y de su *espíritu*, dinámicamente abierto al futuro, *la realidad vital y esencial de su misión*, los *valores positivos* de su siglo —la Iglesia siempre se ha apropiado de cuanto hay de bueno en la vida de los pueblos— *relanzados como profecía* en nuestra cultura. «Los princi-

pios humanos y cristianos, en los que se basa la sabiduría educativa de Don Bosco poseen unos valores que jamás envejecen» —dice Pablo VI— porque «este incomparable ejemplo de humanismo pedagógico cristiano (...) hunde sus raíces en el Evangelio».

El discernimiento entre memoria y profecía no es nada fácil. Compromete la autoridad de los Sucesores de Don Bosco y de los Capítulos generales; pero siempre la garantía suprema está, en última instancia, en la autoridad de la Iglesia, custodio vigilante de los carismas que Dios hace brotar en su seno.

Las páginas que siguen se proponen poner en evidencia algunos elementos perennes de la santidad de Don Bosco, subrayando especialmente su dinamismo apostólico y su «gracia de unidad» con la que supo unir vitalmente oración y acción. Don Bosco ha sido, innegablemente, un santo activo.

Santo activo

A la distancia de los años, podemos constatar que Don Bosco está en el origen, no sólo de una numerosa descendencia espiritual, sino también de una verdadera y propia «corriente espiritual» en la Iglesia, que está empapando el mundo, y de una auténtica «escuela de espiritualidad», como lo están demostrando los estudios más recientes. Pero una *espiritualidad apostólica* o, como se suele decir, una espiritualidad *de la acción*, fruto de la plenitud de la *caridad pastoral* omnipresente.

La espiritualidad de la acción en el actual contexto cultural puede prestarse a no pocas ambigüedades. Son muchos los que piensan que la acción es la única categoría con la que el hombre se interpreta y actúa sobre sí mismo, sobre los demás y sobre el mundo. Praxis y ortopraxis son siempre un punto delicado de la teología de la espiritualidad, que es la ciencia del hacer humano vivificado por el Espíritu.

La Iglesia no se siente nueva ante estos problemas, como lo demuestra la historia de los grandes apóstoles de los siglos pasados. En un mundo que enfatiza fuertemente las palabras *praxis*, *trabajo*, *actividad*, *acción*, la vida de Don Bosco, dominada, por así decirlo, por el vértigo de la acción, puede servir de paradigma para

cuantos quieren empeñarse constructivamente en la edificación de un mundo a la medida del hombre, fermentado por el Evangelio, cuya acción se encuentre íntimamente vinculada y dependiente de la acción salvífica de Dios. El «hacer» es una noción primaria de la existencia: no se la puede circunscribir en una definición exacta; mucho menos el «hacer» cristiano.

Sin embargo, podemos distinguir en el hacer un doble movimiento: el inmanente, que justifica y dirige las acciones y las obras externas, y el que directamente se orienta a la transformación de las cosas. Solamente el primero perfecciona a la persona y sus valores. Don Bosco vale por lo que hace, o por lo que hace que se haga, pero muchísimo más por lo que es y por lo que quiere. Éste es el modo correcto de considerarlo.

El eje de su vitalidad espiritual

El cristiano de hoy, tentado por la dificultad de unir *en unidad vital* el ser y el hacer, el amor de Dios y el amor del prójimo, la oración y el trabajo, la acción y la contemplación, encontrará en Don Bosco un modelo concreto de unidad espiritual vivida en la vorágame de una vida activa.

No existe en él ninguna dicotomía o desgarramiento interior, sino una perfecta «gracia de unidad»: Dios es verdaderamente el sol, el eje fundamental de su vida. Santo de la acción, él no silencia los valores de la oración, pero sabe hacer de la acción «el lugar habitual» de su encuentro con Dios; valora la riqueza perfecta de la oración, pero considera perfecta también la acción. Su modo sacramental de ser iglesia consiste exactamente en el empeño de «actuar como iglesia». Sabe que entre la oración y el trabajo se da una constante relación dialéctica: la una manda al otro y viceversa; pero sabe también que esta relación está regulada por la voluntad de Dios, norma suprema. Son conceptos sobre los cuales volveremos en el momento oportuno.

Santo de siempre

Por su radical unión con Cristo, que es de «ayer, de hoy y de siempre», Don Bosco es también un santo intemporal, santo de todos

los tiempos. El santo de mañana tendrá, sin duda, rasgos y modulaciones inéditas, será diverso del santo del pasado. Pero una cosa es absolutamente cierta: esta diversidad nunca será sustancial. Con el Cardenal De Lubac podemos decir, con toda seguridad, que el santo del mañana, como el de ayer, será «pobre, humilde, despojado de sí mismo. Tendrá el espíritu de las bienaventuranzas. No maldecirá ni halagará. Amará: tomará el Evangelio a la letra, es decir, en todo su rigor. Una dura ascesis lo habrá liberado de sí mismo. Heredará toda la fe de Israel, pero recordará que esa fe ha pasado a través de Jesucristo. Tomará sobre sí la cruz del Salvador y tratará de seguirlo».

Los santos no envejecen, ha dicho Juan Pablo II: «Son siempre los hombres y las mujeres del mañana, los hombres del porvenir evangélico del hombre y de la Iglesia, los testigos del mundo futuro». El hecho que Don Bosco triunfe todavía y atraiga hacia sí, poderosamente, a multitudes de jóvenes y de fieles, demuestra que posee en sí mismo algo que desafía los siglos. Cuantos viven en su órbita o se sienten deseosos de entrar en familiaridad con él, pueden recoger, sin temor de equivocarse, el mensaje de su santidad, simple y profunda, atrayente y simpática, aunque también muy exigente. Don Bosco, tan amable y comprensivo, nos quiere, en efecto, «no mundanos, aunque sí en el mundo; no extraños, sino con una identidad propia; no anticuados, sino profetas actuales de la realidad escatológica de la Pascua; no fáciles imitadores de la moda, sino valientes cultivadores de una renovación exigente; no desertores de las vicisitudes humanas, sino protagonistas de una historia de salvación. Nuestro seguimiento de Cristo según el espíritu de Don Bosco se vale de todas las circunstancias, de todos los acontecimientos y de todos los signos de los tiempos, y también de las situaciones más negativas e injustas, para crecer y hacer crecer en la santidad» (E. Viganò).

No de otro modo estimula a la santidad el actual Rector Mayor, Juan E. Vecchi, cuando escribe, en su comentario al Aguinaldo del año 2000: «Volvamos a partir de Dios: puede ser un consejo propio de una época de eclipse, de experiencia religiosa fragmentaria y subjetiva, de pérdida del sentido del pecado, de confusión de la conciencia». Él, en sus publicaciones, en sus circulares a los hermanos, y recientemente en el libro titulado «*Guardianes de sue-*

ños» (entrevista de C. Di Cicco a Don J.E. Vecchi, editado en la Editorial CCS, Madrid 2000) no duda en afrontar los problemas más delicados y actuales de la educación y de la formación juvenil, como: las formas inéditas del choque generacional, las desigualdades sociales y el pluralismo cultural (plurirreligiosidad, pluralismo étnico, etc.), el mundo profundamente turbado del internet, del erotismo, de la bioética y de la ecología.

Este vertiginoso cambio cultural exige necesariamente adecuar-se y repensar las modalidades del sistema preventivo y de su espiritualidad, de su arrojo apostólico, etc.

Juan E. Vecchi no elude estas temáticas, como se lee en el libro citado, cuando se dice: «Superado un siglo que celebró los cien años de la muerte (1888) y al comienzo de un nuevo siglo que pronto celebrará los doscientos años del nacimiento (1815) del fundador, Juan Bosco, los Salesianos están guiados por un sucesor suyo, el primero no italiano y el primero, de la serie de ocho, que se llama Juan, como Don Bosco.

Otro Juan a quien no gustan los profetas de desgracias y procura la actualización del patrimonio educativo para salir airoso en el desafío que los nuevos tiempos presentan a los educadores.

Don Vecchi propone fundamentar, sobre una comprensión recíproca y recuperada, el nuevo pacto entre generaciones, necesario para garantizar la calidad de la vida de cada uno, liberándolo de la presión del miedo al futuro que una sociedad envejecida puede causar.

Una opción —que no se hizo en los años sesenta— de dialogar con los jóvenes, en una transición de época en la que la juventud corre el peligro de extinguirse».

Hoy como ayer, como se deduce de cuanto venimos diciendo, el laborioso discernimiento que se impone en todas las cosas será cada vez más fácil, en la medida en que la *vis ab intra*, es decir, la vida divina sea sin ambigüedades la dominante de la existencia de los miembros de la Familia Salesiana. En una palabra, sigue siendo siempre verdad, por tanto, que el don más grande de nosotros a los demás es nuestra santidad.

PRIMERA PARTE

Rasgos de vida

El breve estudio sobre la vida de Don Bosco que aquí presentamos puede ayudar —pensamos— a dar razón de la amplia simpatía y de la fascinante atracción que continúa ejerciendo sobre los hombres de nuestro tiempo, creyentes y no creyentes. La atención, como veremos, que se concentra en su persona nace, paradójicamente, de las espléndidas antinomias complementarias y positivas, humanas y divinas, de que fue dotado en medida no común.

En la Iglesia hay santos grandísimos delante de Dios y muchas veces olvidados por los hombres; hay otros, en cambio, a los cuales está reservada también una grandeza terrena. Don Bosco pertenece a esta constelación. Grande de *vida natural*, es decir, hombre entre los hombres, más aún, tan profundamente hombre que «*lo ordinario*» pareció, a muchos contemporáneos, que ocultaba «*lo extraordinario*» que había en él.

Grande en humanidad, Don Bosco fue igualmente *grande de vida sobrenatural*, más aún, grandísimo, porque la Gracia se desposó con cualidades humanas superiores a las de los mortales corrientes y encontró en él correspondencia llena y total, hasta heroica.

Desde que la Iglesia lo elevó a la gloria de los santos, escribe Mons. De Luca, «que es la gloria más semejante y más cercana a la gloria de Dios, nosotros podemos estar seguros de que Don Bosco ha alcanzado la suprema grandeza alcanzable por un hombre».

Recordemos, sin embargo, que el supremo juicio de la Esposa de Cristo no crea la santidad, la reconoce; no le añade nada; asegura, en cambio, que el santo se ha acercado a Dios-Trinidad cuanto es posible por la mediación de Cristo y de su Espíritu, y que, del amor de Dios ha fluido su amor hacia los hombres. Pero, desde el momento en que estamos ciertos de que Don Bosco ha sido una «de las obras más abrasadas y esplendentes de lo Divino», es lógico concluir que él ha ejercido —en varios frentes— una fuerza de

atracción poderosa y ha suscitado energías proféticas que han hecho historia. No impropriamente, en efecto, los santos «son comparados con símbolos llameantes, portadores de luz, que sacuden al hombre sumergido en el cieno de cada día, señalando la meta suprema» (W. Nigg). Don Bosco fue, sin duda, un «polo luminoso», un «símbolo llameante», como hombre y como santo.

Hemos dicho que su intimidad con Dios permaneció muchísimas veces, como en otros santos piemonteses, y como suele ser, un secreto impenetrable. Pero algo se veía, se intuía. De su mágica existencia algo relampagueaba en su *rostro*, se traslucía en sus *ojos* tan penetrantes, en su *sonrisa* apenas esbozada y permanente; algo de sobrehumano se traslucía en toda su *conducta*, en su *calma* soberana de hombre extraordinariamente activo. Es cuanto las páginas que siguen se proponen poner de relieve.